

alma, y se agosta, como la flor herida por los rayos del sol ardiente. Déjame, pues, gozar del fresco ambiente que se respira á tu alrededor. Al místico bullir de tus aguas me olvidaré del mundo y su vanidad, y te cantaré á ti cantares de alabanza.

Sentado á tus orillas, ¡oh Fuente misteriosa! quiero pasar mis días; porque el murmullo que hacen tus aguas al caer sobre mi alma, aleja de mí el mundanal ruido, me adormece en dulce calma, y sueño plácidamente cosas del cielo, donde me siento trasladado al mágico impulso de tu suave corriente.

¡Corazón de Jesús! ¡Fuente divina! dichoso el que en ti apaga su sed y el que en tí lava sus manchas; pero más dichoso todavía el que sentado á tus orillas es adormecido por el murmurio delicioso de tus aguas.



XIX.

Supra montes. ⁽¹⁾

LE deseado muchas veces, ¡oh Dios mío! subir á las altísimas y blancas cumbres de esta *Sierra Nevada*, y te doy gracias, porque no has negado este deseo á mi corazón. Jadeante, como ciervo acosado por los cazadores, he llegado á la cima de estas montañas, para contemplar desde sus alturas las magnificencias de la creación y admirar en ella las obras de tu mano poderosa.

Desde aquí contemplo absorto esas nie-

(1) Escrito en Granada.—N. del E.

ves perpetuas, coronando las inmensas moles, que desde el llano me parecían pequeñas colinas; veo nubes arreboladas, paseándose por encima de la nieve; águilas reales que atraviesan esas nubes para mirar al sol de hito en hito; y mi alma agradecida se eleva hacia á tí en raudo vuelo, dejando atrás el monte cubierto de nieve, la nieve coronada por las nubes, las nubes atravesadas por las águilas, las águilas que miran al sol, el sol que alumbrá los espacios: y subiendo sobre esos espacios de la creación llega á tí, Creador de todo, para postrarse á tus pies, alabarte, bendecirte y cantarte con el Salmista:

Quam magnificata sunt opera tua, Domine!
Omnia in sapientia fecisti!

*
**

Desde este paraje solitario domino dilatado panorama que arroba y suspende mis sentidos en éxtasis de admiración. El cielo de transparencia sin mancha y azulado

vivísimo atrae las miradas en busca de la inmensidad; el aire purísimo y perfumado de los montes recrea el olfato, refresca el pecho y ensancha los pulmones; el oído es regalado por el rumor del arbolado que mece el céfiro, por el alegre zumbido del insecto y por el bullir de espumosas cataratas que saltan de las nevadas cimas al lecho impenetrable y oculto de profundísimos barrancos: y este bellísimo conjunto arrebatá los sentidos, eleva el alma y me obliga á exclamar con el profeta:

Cuán grandes son, Señor, todas tus obras!
Qué sublimes, magníficas y excelsas!
Tu saber, tu bondad y poderío
Resplandecen, mi Dios, en todas ellas.

El sol que cae á plomo sobre los promontorios de pizarras argentadas confunde sus reflejos, semejantes á chispas de fuego, con la purísima blancura de los hielos perpetuos aposentados en las altas cumbres del Muleyhacen; y allá en las nunca holladas vertientes del *Veleta*, que cierran el horizonte con la gigantesca mole de sus pica-

chos, parece que se junta el cielo con la tierra, unidos por lazo misterioso; y la creación celeste y la terrena, unidas con esa mística lazada, publican tus glorias, Dios mío, y arrancan á mis labios el inspirado canto de los tres mancebos:

Benedicid al Señor, nieves heladas,
Que de los montes coronais las crestas;
Benedicid al Señor, soberbias cumbres,
Su poder publicando y su grandeza.

*
**

Rocas de granito que os eleváis á las nubes en formas piramidales, figurando almenas de arábigas mezquitas ó minaretes de góticas catedrales, decidme: sois el mundo testigo del poderío de Dios? ¿Sois hijas de algún esfuerzo que hace la tierra por juntarse con el cielo? Montañas hendidas y separadas por cortaduras misteriosas, decidme: ¿Quién abrió entre vosotras las hondas simas que os dividen? ¿Por ventura os partísteis el día para siempre memorable

en que el Hijo del Eterno murió en infamante patíbulo por la redención del hombre? ¡Ah! entonces seríais dignas de veneración perpetua, peñas menos duras que el corazón del judío que crucificó á mi Dios!

Y vosotras, soberbias cordilleras, que aparecéis á mis ojos como templos de la naturaleza ó palacios de la Divinidad, formados por columnas de promontorios gigantescos y por pilastras de rocas jaspeadas; decidme: ¿quién os dió por corona las nubes, por vestiduras los árboles, por adornos las flores, por espejo la nieve, por cimiento el granito y por cúpula el firmamento? ¡Ah! en vosotras hallo un templo levantado á la gloria de mi Dios, templo que tiene por altar la creación, por lámparas y antorchas las lumbreras del cielo, por incienso la niebla perfumada, por orquesta el murmullo de las fuentes y el canto de las aves, por alfombras las flores del valle y por adoradores las criaturas todas; templo en el que mi Dios deja sentir su presencia regalada llena de misericordia y de bendiciones para el hombre. Sí, Dios mío, ahora

veo aquí tu belleza, como veo tu poder formidable, cuando paseas en alas de la tempestad por encima de sus cumbres, precedido del relámpago brillador, seguido del trueno fragoroso y envuelto entre nubes que velan tu majestad y tu grandeza. ¡Oh qué grande eres, Dios mío! ¡qué espantoso es tu poder! ¡qué magnífica tu gloria!

Tu mano benéfica ha derramado sobre estos montes la sombra de tu belleza, llenándolos de bendiciones sin cuento. ¡Cuán delicioso es tender desde aquí la vista sobre la ancha vega, hermoseada con el verdor de las mieses! Las caprichosas ondulaciones de los sembrados semejan un mar de esmeralda, cuyas olas van á perderse entre las brumas celestes y sonrosadas del horizonte. Pequeños pueblecitos y blancos caseríos se destacan entre el verdor de las sementeras, cual si fueran cisnes posados en un lago; y más allá, hacia la sierra de *Elvira*, comienzan á levantarse nubecillas ligeras, transparentes y fugaces, que batidas y cortadas por el viento en flotantes cendales se disipan y confunden con el azul etéreo.

*
**

La fertilísima llanura se extiende en suaves ondulaciones hasta la opuesta cordillera, cuyas crestas se divisan ya fragosas y puntiagudas como pirámides, ya convejas en forma de cúpulas vestidas de espesos matorrales. ¡Qué contraste tan precioso forma aquí la naturaleza! Allá la vega cruzada por el *Genil* reposado y majestuoso; aquí cerros formidables cruzados por pequeños arroyuelos que se precipitan con estruendo en las profundas cavidades de los barrancos: allá el humo de los cortijos y de las chozas de los pastores que se eleva hacia lo alto; aquí la niebla trasparente y perfumada de los montes que baja hacia las cañadas: allá la alondra trinadora que se remonta cantando por los aires; aquí bandadas de palomas torcaces que descienden de las cumbres y se mecen sobre el remanso, como embriagadas por el ambiente voluptuoso de estos valles encantados: allá,

el ameno cauce de los ríos que, con sus márgenes floridas y sus aguas transparentes, semejan caminos de plata con orillas matizadas de zafiros; aquí espantosas cortaduras, tajos que infunden pavor, simas que no tienen nombre, y que semejan bocas del averno.

Este contraste grandioso exalta la fantasía y penetra al alma, produciéndole una impresión de divino placer, que tan pronto la hace sonreír de felicidad, como llorar de dulce melancolía; tan pronto la abisma en el silencio de hondas meditaciones, como la hace prorrumpir en alegre canto. ¡Cuánto goce inefable, sublime y recóndito experimento al tender la vista por estos montes de nívea blancura, por esos valles de verdor inmarchitable y de celajes irisados, que se confunden con el azul del cielo y la diafanidad de la atmósfera. ¡Ay! escondido en la soledad de esta umbrosa selva, reposando en la fresca penumbra del arbolado secular, escucho con placer el murmurio de lejanas cascadas, la dulce algarabía de las aves, el quejido de solitaria tórtola que lla-

ma á su compañero; y siento una emoción inefable que me obliga á exclamar:

Benedicid al Señor, aves del aire,
Benedicid al Señor, bosques y selvas,
Benedicid al Señor, fuentes y arroyos
Que nacéis entre flores y entre arenas.

*
* *

Y cómo no alabarte, Dios mío? ¿Cómo no admirar tus obras? Estas montañas, esa vega, esta luz, este aroma, este cielo, estos valles, estas fuentes, estas aves, este horizonte maravilloso, no me está diciendo que te alabe? Tal vez este conjunto indescriptible no diga nada al corazón metalizado, al hombre ciego ó al alma impía; pero á mí? ¡Ay! á mí me habla tanto de tí y me descubre tanto tu gloria, que al través de lo terreno, veo la imagen de tu bondad y de tu belleza divina. Sí, Dios mío! todo esto me habla muy alto de tí, y me dice que tu Sabiduría eterna

Mil gracias derramando,
Pasó por estos montes con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

*
* *

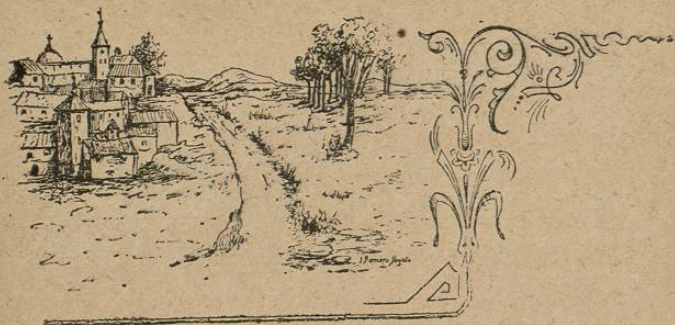
Mas ¡ay! ya el día huye, el sol se inclina hacia el ocaso y los celajes vespertinos cubren los picos de las montañas de confusos arreboles, que en suaves gradaciones invaden los valles y se extienden por la vega como olas de luz crepuscular. Las fragorosas concavidades de las *Alpujarras* parecen exhalar hondos suspiros: y el rumor de las selvas llega hasta aquí en majestuosas ondulaciones, causando en mi alma el terror sagrado de la soledad que me convida al descanso y al reposo.

Bajemos al agreste caserío en busca del lecho hospitalario, y de los dones que prodiga el Eterno para que sirva de refrigerio á los mortales; pero no dejemos, alma mía, estas alturas, sin despedirnos de estos colo-

ros de la creación. ¡Adiós! montañas erguidas é imponentes, que levantáis al cielo la orgullosa cabeza coronada de blanca nieve, cabellera inmortal que os han dado los siglos: adiós! Dejadme por última vez admirar esa nívea cabellera, cuyos hilos de plata son cristalinos arroyuelos que descienden por las faldas de los montes, formando largas y tortuosas curvas, que se pierden entre grupos de arbustos mecidos por el céfiro; sí, dejadme que os admire otra vez, y que luego me aleje de aquí recitando el himno de la Creación:

Benedicid al Señor, cantad su gloria,
Todas las obras de su mano excelsa!
Alabad su virtud y santo nombre
En la presente edad y en las eternas.





XX.

En la Vega

QUÁN grato es el aire que se respira en los campos, durante la primavera! ¡Qué perfumado está el ambiente! ¡qué hermosos los sembrados!

El sol, desbordándose en torrentes de luz, fecundiza á la tierra y la esmalta de flores que llenan las praderas, los cercados, los montes y los valles.

Oh! ¡qué refrigerante son las auras! ¡qué bien se aspira aquí la fragancia de que vienen henchidas las brisas de Mayo!

Salud, brisas embalsamadas con el aroma de las flores!; ¡salud á vosotras, que bajáis del cielo para alegrar la tierra y en-

cender en celeste amor á los devotos de María!

Salud, auras primaverales, que venidas del Paraíso traéis á este vate desterrado el perfume de la inocencia y un dulce recuerdo de su patria bienaventurada.

¡Ah! ¿por qué no me traéis también el eco de los cánticos divinos que entonan á la Inmaculada los serafines de la gracia y del amor? Tal vez así, mezclando mis notas con sus notas, fueran gratos á la Virgen los cantares de un mortal.

*
* *

Salud otra vez, brisas de Mayo, alma y vida de la hermosa primavera! ¿Será verdad que venís á engalanar los campos, rejuvenecer las plantas, hermohear las flores, y traer á los siervos de María el gozo, la dicha, el amor y la inspiración del Cielo?

Pues entonces, ¡revolad sobre mi frente, céfiros de la mañana! ¡soplad sobre mi rostro, brisas bonancibles de la tarde! vol-

ved fecunda y viva la mente fatigada de este *peregrino*, como cuando era morador afortunado de las orillas del Betis.

¡Oh, cuántas veces os contemplé allí jugando con los árboles del bosque, meciendo el tallo de la madreselva, columpiando las ramas del cinamomo, llenando de fragancia los espacios, y de no imitadas armonías la soledad del campo!

¡Oh, cuántas veces, pisando alfombras de verdura, recorrí en compañía vuestra los umbríferos sotos del *Valle de la Encina!* Allí, ¡cuán grato me es recordarlo! allí buscaba flores campestres para adornar con ellas el trono de la Virgen, de aquella Virgen cuyo nombre fué la primera palabra que balbucearon mis labios.

Tal vez, ahora mismo, la tierna madre que me enseñó á pronunciarlo, llora prostrada á los pies de María, pidiéndole copiosas bendiciones para su hijo ausente.

Tal vez, almas puras y candorosas, cuyo recuerdo me es grato, cruzan la campiña que regaron mis sudores, cogiendo flores y lirios para ofrecerlos á la Madre purísima

del que es *Flor del campo* y *Lirio de los valles*.

¡Oh, brisas de Mayo! ¡céfiros primaverales! ¿por qué traéis á este *peregrino* recuerdos tan halagüeños? Volved, volved, y decid á la Estrella matutina que guió los pasos de mi infancia; decid á mi dulce Madre, decid á la Inmaculada, que tanto hoy como entonces

Bajo su manto
Busca mi alma
Segura calma,
Grato redil

Decidle, que aunque lejos de su adorada presencia, jamás la olvido; decidle, que caminante perdido en los desiertos de la vida, dirija mis pasos por la senda de la virtud; decidle, que á Ella consagro mis humildes cantos, y que al romperse la última cuerda de mi lira, quiero que la nota por ella producida sea la nota de su amor y el eco de su nombre.

¡Oh, dulce nombre! ¡cuán grato eres á mis oídos! ¡cuán deleitoso á mi corazón! Al

pronunciarte, se endulzan mis labios, y mi espíritu se eleva hacia el cielo como el humo del incienso.

*
**

Extranjero en este suelo miserable, don de el hombre lejos de su patria desterrado llora, las auras han murmurado en torno mío ese nombre encantador, cual si fuera un suspiro dulce, lánguido, vaporoso, que adormece el cuerpo y enajena al alma.

¿Será acaso que los espíritus puros entonan cantares á su Reina, al ver asomar por el oriente los días de Mayo? ¿Me invitarán tal vez á formar coro con ellos, para ensalzar á la Madre del Amor Hermoso? pues, si es así.....

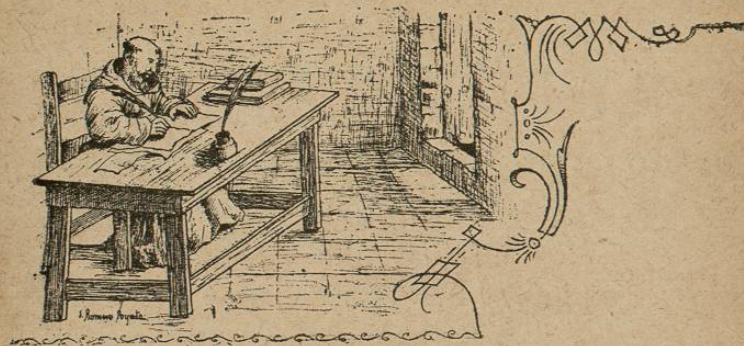
Con dulces acentos,
Feliz lengua mía,
Ensalza á María
Más bella que el sol.

Sí; ensálzala, alma mía, que ella en pago dirigirá á ti encantadora mirada, al termi-

narse los días de tu peregrinación sobre la tierra. Sí, Madre mía, vuelve entonces á mí tus ojos misericordiosos; porque,

Si tú me mirares
Afable, halagüena,
Con boca risueña,
Mi pecho ¿qué hará?
Saltar de alborozo,
Y estorbos, rompiendo,
El alma saliendo
A ti volará....

Si, á ti volara, María, para cantarte las finezas de su amor en la eternidad del cielo.



XXI.

En mi Celda.

HACE pocas horas, que una voz dulce hería mis oídos y penetraba mi alma con estas coplas que lanzaba al aire, cual si fueran quejas de un corazón herido.

El camino de la vida sembrado está de ilusiones, flores que el sol seca un día y el viento arrastra una noche.

Esas flores que abundantes en mi corazón brotaron, son hojas que arrastra el viento, el viento del desengaño.